



HAL
open science

Manuel Azaña y la ficción satírica: sobre las "Fantasías" de "La pluma"

Miguel A Olmos

► To cite this version:

Miguel A Olmos. Manuel Azaña y la ficción satírica: sobre las "Fantasías" de "La pluma". Elisabeth Delrue (coord.). La narrativa española (1916-1931). Entre historia cultural y especificidades narrativas, Indigo / Univ. de Picardie, pp.69-185, 2015, 978-2-35260-125-8. hal-01722226

HAL Id: hal-01722226

<https://hal.science/hal-01722226>

Submitted on 15 Mar 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Manuel Azaña y la ficción satírica: sobre las «Fantasías» de *La pluma*

Miguel A. Olmos

Normandie Université / UR - ERIAC

La imaginación satírica posee tanto una poética como una historia, ambas todavía por escribir en el campo de la literatura española. En España, los estudios sobre la sátira suelen centrarse en formas genéricas precisas o en períodos determinados: poesía medieval de protesta, *Danzas*, parodia épica y ficciones menipeas del Siglo de Oro, fábulas dieciochescas, sátira periodística en el siglo XIX... En cuanto a la prosa crítica de sesgo humorístico del primer tercio del XX, tan proclive a la disidencia, apenas si se la ha tenido en consideración de manera específica, y menos aun a la luz de los modelos y tendencias globales de este tipo de literatura, que cuenta con cultivadores, españoles o extranjeros, de inmenso prestigio. Me propongo a continuación tratar de algunos componentes satíricos en las ficciones de Manuel Azaña, y de modo más particular los de las breves «Fantasías» publicadas en la revista *La pluma* (1920-1923). Abordaré también algún otro texto de un autor de quien se suele subrayar la continuidad subjetiva entre actividad literaria, pensamiento crítico y acción política¹.

I. Conviene distinguir entre la sátira encauzada en géneros precisos, como la epístola censoria, y una *modalidad* satírica más amplia y difusa que se adscribe de manera no sustantiva a muchas otras clases textuales: piénsese por ejemplo en la parodia. Desde la *Anatomy of Criticism* de Frye se viene insistiendo en dos rasgos definitorios: sátira es «ironía militante»; reúne pues una actitud ética, de corrección y denuncia de ideas o de costumbres, y una textura lúdica, que se deja ver ya en el plano del marco ficcional, ya en el plano de la factura verbal de la obra, o en ambas cosas. Se distingue por lo fragmentario, lo acumulativo, lo digresivo: por una deformación fantasiosa y una estructura abierta, que con frecuencia discurre por cauces heterogéneos, o alterna el verso y la prosa. Apoyada en los placeres que suscita, en la complicidad cómica que exige a su lector, en la supuesta intención correctora de sus referencias a acontecimientos o personas reales, extratextuales, que el lector – contemporáneo– identifica bien, la sátira puede prescindir alegremente de la verosimilitud y dar rienda suelta a toda suerte de imaginaciones descabaladas. Pero a modo de compensación de todas estas libertades, se ve obligada a recurrir a idénticos y bien consensuados marcos de

¹ Véase la introducción de Santos Juliá a la nueva edición de las *Obras completas*, Madrid, Ministerio de la Presidencia / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, 7 vols. (II, p. XVI); así como su biografía *Vida y tiempos de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008, p. 226-227.

ficción: viajes fantásticos a cielos, infiernos, islas, remotas regiones; visiones y sueños, coloquios o debates improbables con animales, con objetos, con dioses, con difuntos, con partes del cuerpo. Sus actores pueden estar deformados, caricaturizados, materializados, condensados en emblemas materiales o verbales; pero son reconocibles con facilidad. Se sirve de un repertorio restringido de máscaras –idiotas, salvajes, extranjeros, bufones, niños– para desenmascarar «vicios», y opone con frecuencia, al impostor o al hipócrita, un disimulado o *ieron*. Pretende en suma la ilusión de mostrar cómicamente la «realidad» que hay detrás de la apariencia al adoptar un punto de vista insólito y singular, que hace estallar en pedazos la imagen del mundo que cree conocerse y da a veces en paisajes apocalípticos, como los de Quevedo, los de Swift, o los de tantas «distopías» contemporáneas².

Las notas anteriores convienen mejor a las breves «Fantasías» de Manuel Azaña publicadas en la revista literaria *La pluma* que a sus obras narrativas mayores, en las que sin embargo encontramos varias huellas de sus posibilidades. Así, en las últimas páginas de *La velada en Benicarló* (1937), el escritor Eliseo Morales adelanta el contenido de un capítulo de su inédito *Viaje imprevisto a la isla de los bacallaos*, donde se cuenta «cómo los bacallaos entraron en guerra con los atunes y de las paces que hicieron sobre sus raspas»³. También se ha hablado de «realismo popular grotesco» a propósito de *Fresdeval*, novela inconclusa, abandonada en 1931. Un costumbrismo cáustico emana de muchos fragmentos de esta narración, que expone con crudeza los sentimientos y decires de personajes atemporales y como incivilizados, pertenecientes a la «raza aborigen desdeñada» que el protagonista, Bruno Budia, enemigo de su propia casta burguesa, frecuenta⁴. Reaparecen así muchos de los temas y de las taras habituales en la novela de finales del XIX y principios del XX, desde las partidas de monte que llevan a Bernardo Anguix, aristócrata a punto de arruinarse, directo a la sepultura, hasta los diálogos de sobremesa entre dos viejos carlistas, Filomeno Budia y el padre Centurión, «capuchino exclaustro», acerca de la herencia, proveniente de desamortizaciones eclesiásticas, que el primero se resiste a legar al segundo a pesar de su complicidad política⁵.

² Véase José Antonio Llera, «Prolegómenos para una teoría de la sátira», *Tropelias*, 9-10, 1998-1999, p. 281-293; Sophie Duval y Marc Martínez, *La Satire (littératures française et anglaise)*, Paris, Armand Colin, 2000, p. 174-256; Andreu Domingo, *Descenso literario a los infiernos demográficos*, Barcelona, Anagrama, 2008.

³ Cito este diálogo por la edición de Juan Marichal, *Obras completas*, Madrid, Giner, 1990, III, p. 459.

⁴ *Obras completas*, ed. Santos Juliá, cit., VII, p. 627; véase José María Marco, *La creación de sí mismo. Ensayo sobre la literatura autobiográfica de Manuel Azaña*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1991, p. 82-85.

⁵ *Obras completas*, ed. S. Juliá, cit., VII, p. 596-599. Otro diálogo premortuario (*Schwellendialog*), importante en la tradición grotesca estudiada por Bajtín, en una ficción breve publicada en 1920, «A las puertas de otro mundo»: véase *La Poétique de Dostoïevsky* [1929], Paris, Eds. du Seuil, 1998, p. 166-172.

Mención separada merece *El jardín de los frailes* (1921-1927), impresionante invectiva de Azaña contra de la pedagogía tradicionalista y un nacionalismo diríase confesional. Pero la eficacia de este sarcástico relato depende menos de un marco ficcional fantástico que del despliegue de los recursos de la retórica. A pesar de un trasfondo que puede suponerse vivido en primera persona durante los años de Azaña en el colegio de El Escorial, no se trata de una autobiografía, sino de una evocación analítica, de una interpretación retrospectiva de la formación de su innominado personaje central, que reflexiona sobre sus vivencias de niñez y adolescencia, sus lecturas, sus ensueños, la evolución de su experiencia religiosa, el comercio anímico con la naturaleza o la impresión cambiante que le suscita el imponente San Lorenzo – símbolo de los valores que se está poniendo en tela de juicio. Culminado en la ruptura con sus educadores por parte del protagonista, que se hace expulsar del colegio, el relato se inscribe con originalidad en el género de la «novela de aprendizaje» en internados religiosos, del que se conocen otras muestras en este mismo período⁶.

El mal maestro, figura de larga tradición satírica, vuelve una y otra vez a lo largo de estas páginas, subrayando la ociosidad y falta de dirección de los escolares, el descuido de su formación académica o humana y una nefasta pedagogía cuyo fundamento es de orden confesional: la peligrosa asociación de una idea histórica de España con los dogmas del catolicismo, convertidos en vara de medir de toda ciencia. Es la «ortodoxia españolista», que los medrosos frailes sienten asediada por doquier de mortales enemigos. Bien sentado lo dejan algunas de sus Paternidades: «Decía con frase acerada el padre Miguélez: “No es necesario que el septentrión los lance; ¡los bárbaros están en España!”»⁷. Pero ya piense el padre Miguélez en heterodoxos, en descreídos, en afrancesados, o en cualquiera de aquellos que no se ajustara entonces a un modelo de conocimiento eclesiásticamente autorizado, parece evidente que no se le ha ocurrido pensar hasta qué punto sus voces y sus gestos corresponden a los de los amenazantes «bárbaros» autóctonos que él mismo denuncia.

Se ha dicho, con acierto, que *El jardín de los frailes* no es sino una logomaquia, una batalla de símbolos que narra la liberación de un cautiverio, el razonado ajuste de cuentas con una educación de la que se prescinde, volviendo con ironía contra ella misma el vano histrionismo

⁶ Las primeras doce secuencias de *El jardín...* se publicaron en *La pluma* de septiembre de 1921 a mayo de 1922 (números 16 a 25); el texto se completará para la edición posterior en libro con otras siete. Sobre la financiación, tirada y público de *La pluma*, véanse las notas de Cipriano de Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, ed. de Enrique de Rivas Ibáñez, 2ª ed., Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 96-105. Sobre la novela de internados, Fermín Ezpeleta Aguilar, *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

⁷ *Obras completas*, ed. S. Juliá, cit., II, p. 683. O también: «“¡Los tengo aquí todos, todos...” –decía el padre Miguélez tirándose del lóbulo de la oreja. Se refería a los galicismos» (*ibíd.*, p. 690).

de sus actores y de sus signos⁸. Pero además, en esta obra, el tema del «enemigo interior» puede expandirse para llegar a una visión violenta y demoníaca del país como espacio invadido por los muertos: un gigantesco cementerio viviente largamente explotado por la literatura satírica, de Mariano de Larra a Luis Cernuda. Así, tras un análisis crítico de los ejercicios con que se inspira a los escolares la idea de una vida ultraterrena a través del «miedo al dolor», el protagonista del relato se detiene en la monumental imagen de El Escorial, *cripta abierta* que se anhela sellar de una vez para siempre:

Con más fantasía, hubiésemos demolido el monasterio para ordenar en otra forma sus piedras; hubiésemos hecho un obelisco, un túmulo. Variada la estructura ¿perdía algo mientras subsistiese el propósito? El valor de la obra se desleía en la intención piadosa. Más pesaban el rey fundador y el cuidado de su alma que el arquitecto y su genio. Destino regio, encararse con la muerte recomendado por tan formidable máquina, e instituir un colegio orante que siglo tras siglo derrame sus preces sobre una fosa siempre abierta. Para que el tránsito sea todos los días actual y nos enternezca un dolor presente. Creo haber otorgado al triste rey arrecido en la vastedad de su gran iglesia y a los muertos de su linaje que imploran con él piedad de los fieles, la limosna de mi compasión. [...] No reposan. Arrastran en las cavidades de El Escorial una vida endeble, interina, en espera del olvido eterno, moroso en llegar por el rango que tuvieron. Quitense los cuerpos de esos anaqueles donde los tienen insepultos, déseles tierra, y en cuanto la tierra se los coma se apaciguarán las almas; y que el cántico funeral en la basílica se apague⁹.

Estos dos motivos del mundo infernal y del enemigo interno, complementarios en *El jardín...*, se desarrollan en varias «Fantasías» de la revista *La pluma* de manera risueña y más ligera, aunque respondan a graves acontecimientos históricos de actualidad.

II. En enero, agosto y septiembre de 1921 se publican respectivamente las «Fantasías» tituladas *La muerte de Lepe, o eruditos al cielo y el garrote más bien dado*; el *Auto de las cortes de Burgos, o triple llave al sepulcro del Cid y divino Zancarrón* así como, por último, un texto de título más conciso: *Si el alarbe tornase vencedor*. Todas ellas comparten una factura mixta, una combinación de géneros que llega a ser norma en la narración satírica. Como indica su título, el *Auto de las cortes de Burgos* es una pieza teatral, a medio camino

⁸ Andrés Zamora, «*El jardín de los frailes*. Azaña y la guerra simbólica», *Hispanic Review*, 71, 2003, p. 31-50.

⁹ *El jardín de los frailes*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 672.

entre la zarzuela o la revista de personajes históricos –género popular al menos desde fines del XIX; se alude en el texto a las del prolífico Sinesio Delgado– y el entremés. Sin embargo, la conversación entre los protagonistas es heterogénea, pluriforme: varios pronuncian solemnes y ridículas alocuciones oratorias, y la pieza se cierra con cantos de grupo y tiradas individuales en verso. Además, el conjunto del *Auto* se presenta, en sus notas inicial y final, como edición poco fiable de una obra antigua y rara; hay que entenderla pues también como mixtificación filológica. Por su parte, *Si el alarbe tornase vencedor*, una «fantasía» que refiere la invasión contemporánea de la Península por los ejércitos árabes, parece aún más abigarrada. Se articula en tres secciones: la primera de ellas presenta, a cargo de un narrador externo que apenas interviene, un debate político entre notables africanos, en el que el componente oratorio y teatral es fuerte. La segunda es de corte narrativo, a pesar de incluir algún largo y florido discurso; pero en último término se adscribe al género humanista de la mixtificación, pues el narrador dice seguir fielmente, con algún comentario propio, la *Crónica* del moro Rasis, tanto un objeto filológico discutible como alusión transparente a los historiadores arábigos de Cervantes. En la tercera y última prevalece también lo narrativo, aunque el relato se encuadre formalmente en el diálogo –marco oculto al lector en las dos secciones anteriores– entre un sefardita de Salónica, Abraham Salom Toledano, y el enunciador principal, convertido ahora en un personaje que dice llamarse, en nuevo guiño cervantino, Cardenio –uno de los pseudónimos usados por Azaña para sus artículos de *La pluma*. Pero por más que el autor del *Alarbe* se disfrace de egregio loco literario para firmar su artículo, poco o nada de locura hay en su elección de tema. Importa advertir que la expuesta diversidad genérica queda sometida o controlada por acontecimientos de actualidad: las derrotas de Annual y Monte Arruit, puntos de inflexión de la Guerra del Rif en julio y agosto de 1921, sujetan de manera inequívoca el fantasioso discurso del *Alarbe* a una referencia extratextual. Tanto, que para acrecentar las ventas de su joven revista, Azaña juega con la idea de hacer pasar esta fábula por un artículo periodístico que previniese de una agresión real e inminente¹⁰.

De entre las muchas muestras de la «literatura de Desastre», esta fantasía apocalíptica de Azaña se distingue por la profundidad de su trazado, en el sentido de que en ella, la cuestión de la política española en África a principios de siglo emana de una meditación cuidadosa sobre la articulación histórica del país y la naturaleza de lo «español» en el Estado, la nación o la «patria», a la que lleva años dedicando muy varias lecturas, y cuyas conclusiones se

¹⁰ «He puesto en el kiosco un letrero grandísimo anunciando el *Alarbe*, “profecía de la invasión marroquí”. ¡A ver si nos lo cierran!» (carta a Cipriano de Rivas Cherif, 8-IX-1921, en *OC*, ed. S. Juliá, II, p. 1067).

presentan aquí en clave a la vez humorística y desesperada. No es difícil rastrear los enlaces entre esta «fantasía» y los argumentos de ensayos mayores como «¡Todavía el 98!» (1923), «El *Idearium* de Ganivet» o «Tres generaciones del Ateneo» (1930), sobre la difícil configuración del país desde fines de la Edad Media y sus penosas consecuencias en la convulsa y frustrante trayectoria política del siglo XIX. En la mente de Azaña, el rasgo fundamental de la conciencia de «lo español» en su tiempo va revelándose como «imagen histórica falsa», mera «propaganda» que, desechando otros posibles, «Impulsa unos valores y una figura de lo español y los declara arquetipos» y exige «la obligación moral de mantenerlos»¹¹. Con fines de desenmascaramiento, el *Alarbe* contrapone a tal mixtificación un espejo histórico grotesco, una alternativa ficticia, presentada como hipótesis de trabajo.

Es necesario, para esta suerte de operación oftalmológica que plantea la «fantasía», solicitar otras perspectivas, lúdicas al tiempo que creíbles. La primera de las dos que examinaremos concierne a los espacios y a sus actores: se desplaza el foco de atención de la situación que se vive en la Península a la disposición y circunstancias internas del antagonista africano. Solo que los problemas ajenos resultan demasiado similares a los propios: como en los cuentos filosóficos que se sitúan en reinos exóticos o de fábula, se está colocando al lector delante de un espejo que no por ser deformante, como los de Valle, deja de reflejar una imagen que sea imposible reconocer como propia. Nada más parecido a la discusiones políticas entre los tres bandos –Patriotas, Prudentes y Derrotistas– que se reúnen en Zoco el Jemis de Mazuza para deliberar la continuación de la guerra contra España, que las de los españoles de su tiempo.

El partido de los Patriotas está dirigido por el Santón de la Puntilla, de «palabras candentes» y «torva cimitarra». El Santón reproduce belicosos argumentos sobre los «designios de Dios» y la providencial influencia árabe en España, país al que pretende regenerar encaminándole «por la senda del trabajo civilizador». Pero el Bajá de las tres Colas, «espíritu sutil, perseverante en la inacción» que lidera a los Prudentes, aunque se oponga razonablemente a una aventura militar que considera inútil, y recuerde la necesidad de emplear energías en «explotar las riquezas naturales de nuestra tierra», admite al fin la necesidad de continuar una incursión ya empezada –pues «es tarde para retroceder»– de la manera más política que sea posible, para que «los españoles mismos se convenzan de las ventajas de nuestra penetración». Por último, el moro Kandor, «jefe de los Derrotistas», tras de escuchar «de mal talante» la tirada del Bajá, le acusa de mentir, lanza un viva a «los

¹¹ Véase «El *Idearium* de Ganivet», *ibíd.*, II, p. 884; «Tres generaciones del Ateneo», *ibíd.*, p. 1010.

cristianos», y confiesa desear el fracaso de la invasión de la Península y la hecatombe que la seguirá, «si con ellas viene el derrumbamiento del régimen que aborrezco». Inútil intentar una transposición nominal exacta de los líderes alarbes a sus correlatos hispanos para reconocer en el debate la torpeza de una política en el Protectorado marroquí incapaz de resolverse entre la expansión territorial belicosa y la pacífica cooperación comercial o cultural, a la que los opositores colaboran con la búsqueda del fracaso del rival por conveniencias partidarias. Como era previsible, el encuentro termina menos como es propio de una conferencia diplomática que a la manera del teatro para títeres : «Los patriotas y los prudentes se arrojaron sobre los derrotistas, y tras de patearles el cráneo, montaron a caballo y fuéronse a predicar la guerra santa»¹².

En la sección segunda prevalece lo puramente narrativo. La acción se desplaza a la Península, lo que permite al narrador desplegar la dimensión ideológica de su relato. El día de la invasión llega y hay desembarcos en puntos estratégicos de la costa andaluza; las columnas africanas se abaten sobre Granada y sobre Sevilla, los «aeroplanos marroquíes» arrojan proclamas por el campo de Daimiel...¹³ La máquina especular del discurso satírico, tan previsible como eficaz, imagina la reacción defensiva como un despliegue religioso-patriótico que aunque pueda suponerse más bien ineficiente, complace a todos. Sin sorpresa se leen comunicados de fuentes oficiales, u oficiosas, siempre anticuados e inútiles. Pereza y comodidad determinan una técnica defensiva de tierra quemada –túneles, puentes, municiones, abastos, son «volados con dinamita»; todo objeto de arte o de lujo es «dado a las llamas». Brota como alergia una «congestión de patriotismo», que da en exaltar la religiosidad: se predica la cruzada, se venden bulas, se promete el paraíso. Los esfuerzos de guerra en el campo tecnológico refuerzan desde otro ángulo la sugerencia de total incapacidad gestora, con una punta esperpéntica de vergonzante autosatisfacción: la industria nacional, fuertemente reforzada por frailes capuchinos, garantiza la producción masiva de tabaco, escapularios y medallas honoríficas¹⁴.

¹² *Si el alarbe tornase vencedor*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 90-92. Maimón Mohatar, el «Santón de la Puntilla», medió entre marroquíes y españoles y saltó al estrellato con la película *Alma rifeña* (1922); un moro Kandor, colaboracionista célebre en España a fines del XIX, muere en 1896 pobre y olvidado (*Las Provincias de Levante*, Murcia, 7-VIII-1896 : <<http://hemeroteca.regmurcia.com/pdf.raw?query=id:0000264107&lang=es>>; consultado el 11-XI-2014). Véase también Andrée Bachoud, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, p. 33-63; p. 339; para las responsabilidades del «desastre» y el golpe militar de 1923, Raymond Carr, *España 1808-2008*, ed. Juan Pablo Fusi, Barcelona, Ariel, 2009, p. 436-437.

¹³ Sobre el ejército español en Marruecos, durante la guerra y después, véase María Rosa de Madariaga, *Los moros que trajo Franco... La intervención de tropas coloniales en la guerra civil*, Barcelona, Martínez Roca, 2002, p. 19-62 (para la aviación y su «efecto moral», p. 55-59).

¹⁴ *Si el alarbe...*, p. 92-93. Sobre militarismo y religiosidad en el Rif, véase José Díaz Fernández, *El blocao. Novela de la guerra marroquí* [1928], ed. Víctor Fuentes, Buenos Aires, Stockcero, 2007, p. 52-53; p. 69.

Pero la singularidad de esta «fantasía» va más allá de la transposición de los espacios. La duplicidad satírica se expresa singularmente en el *Alarbe* a través de desdoblamientos *temporales*, que revelan la realidad profunda del presente a la luz de su proyección en una «verdadera historia», a despecho de las apariencias de la cronología al uso. Además de proponer como espejo satírico una sociedad exótica, un país extranjero, esta pieza sugiere así contemplar el presente en el pasado –y viceversa. Desde esta perspectiva, *Si el alarbe tornase vencedor* se encuadra en el género de la historiografía imaginaria: versiones especulativas o alternativas de la historia, ucronías apócrifas, novelescas o plenamente satíricas –protagonizadas, por ejemplo, por animales– modeladas a partir del discurso histórico¹⁵.

Si el alarbe *torna*, lo hace desde luego en el pleno sentido del verbo de su título: de nuevo vuelve –y se revuelve– para recuperar lo *propio*. Épicas pinceladas medievales han ido impregnando poco a poco el relato de esta sección, desde su deliciosa cronografía inicial, cuando «Tronaba en Aquisgrán un emperador barbudo, que apenas hacía caso de las penínsulas del Sur». Pero es el personaje «Niceto el Antiguo, obispo de Coria» –destacado orador de la escuela andaluza, como lo será mucho después su homónimo, el muy contemporáneo Alcalá-Zamora, a quien Azaña sucederá en la presidencia de la efímera Segunda República– quien se encargue de hacer explícita la superposición satírica de tiempos antiguos y modernos. El obispo Niceto llega precipitado a «Los Carabancheles», campo de la batalla decisiva:

Dicen, pues, que, llegado al campo, los maestros pusieron a Niceto el Antiguo en unas andas, y en los ocho días con sus noches que duró la batalla no cesó de esforzar a la hueste. Pociones confortativas y linimentos y unturas en los pulsos sostuvieron su cuerpo. Mas, al anoecer del octavo día, el Tirteo español calló, la lira se le fue de las manos; la hueste, sin alientos, rompió el combate, y se durmió sobre las armas. Llegaron los moros al amparo de las tinieblas y pasaron a cuchillo hasta el último. Niceto el Antiguo saltó sobre un caballo desjaezado y galopó campo a traviesa, clamando:

–¡Cristianos! ¡Hemos perdido la batalla del Guadalete!

Niceto el Antiguo creía que las batallas perdidas contra los moros se llamaban siempre del Guadalete¹⁶.

¹⁵ Carlos Barral propuso para ellas la denominación global de *ficthistoria*: véase Mariano Martín Rodríguez, «La ficthistoria o historiografía imaginaria en las literaturas románicas desde el siglo XIX (I)», *Revista de Filología Románica*, 30-2, 2013, p. 285-308.

¹⁶ *Si el alarbe tornase vencedor*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 95; la cita del cuerpo del texto en p. 92.

La sección tercera y final del *Alarbe* amplifica con humor esta sugerencia fantástica de que las guerras contra el infiel son, por antonomasia, una y siempre la misma; una «re-conquista» cíclica e interminable. El marco del relato es aquí dialógico, la conversación entre un sefardita, que piensa en reconstruir su aljama, y el personaje narrador Cardenio, que vive entre moros, vuelto «muzárabe», pobre pero bien tranquilo. La tropa cristiana se ha retirado a Covadonga. Se procede en Granada a la demolición del Palacio de Carlos V, y en Córdoba a la reconsagración de la Mezquita. La nueva corte se ha establecido en Cangas; desaparecido el rey en la derrota, su sucesor es devorado –de nuevo– por un oso. Pero sobre todo inquieta el descubrimiento por un filólogo –«que por la crudeza de los tiempos vivía en una braña, alimentándose de las hierbas arrojadas por un filósofo que vivía más arriba»– de un peligroso secreto, oculto en los documentos salvados de la debacle: los romances más venerables, como los que giran en torno a la derrota del rey Rodrigo, no tienen fondo histórico, sino profético; «el Romancero es una profecía». Como tal, una vez conocida, no puede sino cumplirse. Esta verdad, que los sabios hubiesen querido ocultar para «no descarriar al pueblo con el cebo de la vanagloria», es divulgada por unos entremetidos «jayanes», que solo viven para la guerra: «¡Va a empezar la Reconquista! ¡Ocho siglos de gloria en la despena!»¹⁷.

Se accede aquí al núcleo ideológico de esta sátira. Podemos reconocerla, por contraste, mediante el personaje de Cardenio, indiferente a la alternancia de mala y buena fortuna, desinteresado de auges o caídas de imperios, escéptico ante toda ortodoxia autoritaria, sin otra religión que «su albedrío» y dedicado a la venta, a cristianos tanto como a musulmanes, de «cuescos de aceituna» engazados en rosario y embebidos en aguas del Jordán o del Zem-Zem, según el gusto de la clientela –en la línea pues de los predicadores renegados o conversos que Galdós había retratado muy poco antes en *Aita Tettauén*¹⁸. Es dado confirmarla en otros trabajos que comparan la Guerra del Rif y las antiguas guerras de religión en Granada, entre las cuales parecería que nada nuevo hubiese sucedido; o los «propagandistas» que «administran» con falsedad la Historia del país en su propio beneficio y un patriotismo militante que es difícil distinguir de la barbarie, medieval o contemporánea¹⁹.

¹⁷ *Ibid.*, p. 96. Véase la enumeración, casi rabelesiana, de las señales del «jayán»: «En esto reconoceréis a los jayanes: aventajada estatura, barbas frondosas, rostro pizamiento, modales fastuosos y verbo rotundo. Juran por los toros de Guisando; de un mandoble taján el Guadarrama; si sueltan un berrido, las torres de Ávila se bambolean. Con dificultad los cazan, porque van en manadas, nunca sin armas. Si cobran alguno, suplen muy bien las expensas: de la piel se hacen tambores, de la mollera se saca corcho para cien tapones, y de la tripa, obra de tres o cuatro azumbres de un licor agrio, que se emplea para curtiente» (*ibid.*)

¹⁸ *Ibid.*, p. 95-97; Benito Pérez Galdós, *Episodios nacionales. Cuarta serie. La era isabelina*, ed. Dolores Troncoso, intr. Carmen Luna, Barcelona, Destino, 2007, p. 695-830.

¹⁹ Véase *Memorial de guerra. Glosas al libro del general Berenguer (1923)*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 191-231. Azaña intercaló en *La Pluma* transcripciones «inactuales» de las *Guerras* de Hurtado de Mendoza (Cipriano de

III. Ese tiempo circular, tan propicio a cómicos contrastes o repeticiones, del que parece imposible escaparse, puede derivar hacia visiones más oscuras. Es ya el caso de la descripción de la *hueste* cristiana, turbadoramente ajena a toda cronología, evocadora de esos escenarios de ultratumba y visitas al infierno que son inherentes a la tradición satírica:

La hueste formó un solo haz, que con ser apretado, cubría la tierra desde Tordesillas a Valladolid. Estaban todos: los tercios de Flandes, los soldados de Otumba y Lepanto, las Órdenes militares, todos, todos; los almogávares, los catalanes y aragoneses de la expedición a Oriente, en fin, todos; los héroes del Bruch, los garrochistas, los literarios; ¡con decir que estaban todos!, ¡hasta los caballeros andantes! La hueste, sin ensanchar filas, salió marchando: colmaba los valles, allanaba las cuestas, secaba los ríos, dejaba los bosques y los sembrados mochos. La masa de gente, desarrollando sobre el suelo sus oleadas, el vocerío de los guerreros, el ludir de las armas, el fragor de los carros de asalto, los destellos del sol en las corazas y en la joyante púrpura de los preladados, que caracoleaban en sus caballos enardeciendo a la hueste con arengas belicosas, dejaban suspenso el ánimo –dice el moro–, y el pecho más templado arrecía de pavor²⁰.

El *Auto de las cortes de Burgos, o triple llave al sepulcro del Cid y divino Zancarrón* infunde un desasosiego similar. Publicada en agosto de 1921, un mes antes del *Alarbe*, suele entenderse esta «fantasía» como burla de la exhumación honorífica de hombres ilustres. En efecto, Azaña dedicará en 1922 un artículo monográfico a esta cuestión, y se refiere en otros lugares a ella en tono siempre despectivo²¹. Por lo macabro de su tema –la exhumación de los restos del Cid con motivo del centenario de la catedral de Burgos–, por su escenario sepulcral o mortuorio –una cripta–, por reunir de manera anacrónica, en una suerte de Josafat anticipado, a históricos y a contemporáneos –altos funcionarios y sacristanes, un arzobispo *in partibus infidelium*, veterinarios, médicos, ujieres, diputados provinciales y el rey Fernando III el Santo, fundador catedralicio– el *Auto* entronca con las visiones nocturnas de la sátira. Sin embargo, la alusión en el título a un lema regenerador de Joaquín Costa, bastante

Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, cit., p. 111-112). Véase también Juan Goytisolo, *El lucernario. La pasión crítica de Manuel Azaña*, Barcelona, Península, 2004.

²⁰ *Si el alarbe tornase vencedor*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 94. Véase Antonio Félix Romero González, *La sátira menipea en España: 1600-1699*, Ann Arbor, UMI, 1991, p. 45-46 y 243-264.

²¹ «En España, lo primero que se hace con los hombres ilustres es desenterrarlos» (*El «Idearium» de Ganivet*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 867; «Quien hasta ahora no se ha dejado desenterrar, como Cervantes, incurre en falta» («Quintana, en la infausta remoción de sus huesos», *ibid.*, p. 103). Véase el «Discurso» de Jorge Semprún en Jean-Pierre Amalric y Paul Aubert (eds.), *Azaña et son temps*, Madrid, Casa de Velázquez, 1993, p. 13.

difundido desde finales del XIX –una «doble llave» al sepulcro del Campeador, que Azaña hubo de considerar insuficiente después de los desastres de 1921– sugiere también una relación temática directa con el conflicto marroquí.

El personaje más exótico de la pieza es un funcionario medio, el «Vocal nato de todas las Juntas de Conmemoración de Centenarios Gloriosos» –miembro igualmente de la «Comisión defensora de muertos ilustres» y del «Comité nacional de Exhumación». Así expone el Vocal nato su proyecto:

Yo me arriesgo a decir que la principal riqueza de nuestro subsuelo son los miles de muertos ilustres, perdidos hoy para nuestro culto patriótico [...]. Y para que Vucencia se forme idea de los muertos le diré que, sin contar otros difuntos de poco valor, hemos reivindicado el cadáver del Último Abencerraje, para borrar de su prosapia la tilde de barbarie que hoy parece ponerle el pueblo; será reivindicación de cuenta para nuestro influjo en Marruecos. El cadáver del Rey Don Sebastián, que pensamos ofrecerle a la nación vecina en prenda de fraternidad; el cadáver del Rey Rodrigo, que no siempre ha de ser un personaje tristemente célebre, como la batalla del Guadalete. ¿Usted creará que al rey Rodrigo lo metieron en una fosa y que una culebra se lo comió por do más pecado había? Pues bien: el señor (*señala al eclesiástico*), que es beneficiado de Calahorra y correspondiente de la Academia de la Historia, ha destruido esa leyenda. No se sabe por dónde había pecado más el rey Rodrigo... ¿Entonces? Todo eso está en crisis. Así se ilumina una provincia, hasta hoy sombría, de la historia patria²².

El proyecto de exhumación de los restos del Cid queda así enmarcado por los ilustres muertos ilocalizables de los otros conflictos hispano-musulmanes. Es sin embargo la mención al «divino Zancarrón», tercer título de la pieza, el elemento que mejor reenvía a la actualidad de 1921. El «Zancarrón», una paródica reliquia musulmana, de finalidad injuriosa, con frecuencia pero no exclusivamente un fragmento de pierna o una zanca, había tenido largo curso cómico en romances y comedias de los siglos XVI y XVII –señaladamente en Lope de Vega, de donde es posible que Azaña, lector de voracidad insaciable, lo rescatara²³. En el *Auto*, el «Zancarrón» no puede sino referirse a un gigantesco fémur que se exhuma, entre

²² *Auto de las cortes...*, OC, ed. S. Juliá, II, p. 83-84. Una visión grotesca de los trabajos académicos –inveterado tema de sátira– se da en la tercera «fantasía», *La muerte de Lepe*, sobre un tribunal de oposición universitaria, con intervención alegórica del «Análisis Objetivo» del Centro de Estudios Históricos (*ibid.*, p. 49-53).

²³ José María Perceval, «El zancarrón de Mahoma: de piernas, brazos y otros objetos corruptos e incorruptos» [1988], en <<http://www.materialesdehistoria.org/zancarron.htm>> (consultado el 1 de diciembre de 2014).

otros restos, del sepulcro de Ruy Díaz, y que el arzobispo de Trajanópolis, por prelación de la fe sobre la ciencia, se empeña en proclamar como auténticamente cidiano, a pesar de que mida algo más de siete metros y contra el dictamen de médicos y albéitares, que se inclinan por una atribución a Babieca. El tema de las «reliquias» se prolonga en el desenlace, al estilo de los entremeses clásicos, con cantos, bailes y una tirada en verso a cargo de Fernando III – que viene recogiendo cuantos restos de su persona ha ido encontrando en su viaje hasta Burgos, y acaba decidido a restaurar «el esplendor de la raza caballuna española»²⁴.

Es claro que nos encontramos ante uno de los sueños y visiones infernales de la sátira, esta vez centrada en caracteres marcados por una necia inflexibilidad y violencia, lo que proyecta largas sombras sobre la historia del país, en su aguerrida trayectoria y en su modernidad nostálgica. Pero interesa sobre todo destacar la ambivalencia del «divino Zancarrón», que equipara, animalizándolos, a los actores históricos españoles con sus tan odiados antagonistas –en la línea que conduce hacia el *Alarbe*– en virtud de una misma bárbara creencia irreflexiva en objetos sacros e indiscutibles como motores primeros de acción. En el contexto polémico en torno al patriotismo religioso que anima en la Península la propaganda de la Guerra del Rif, el «Zancarrón» subraya lo que hay de leyenda mixtificada y manipuladora –tanto como de anchas tragaderas– en la rivalidad con los musulmanes que se airea en folletos, reportajes, libros, al hilo de un conflicto inútil y sangriento... Verdad que el designio de crítica del militarismo español parece hacer aquí necesaria una cierta degradación del árabe; pero lo hace precisamente para que pueda establecerse la analogía satírica con sus vecinos europeos inmediatos –y, de pasada, un distinguo de estos últimos frente a franceses, ingleses o alemanes. Llegado el caso, insinúa Azaña, es necesaria inteligencia para la buena elección del contrincante, puesto que nos igualamos a aquellos a quienes distinguimos con nuestra enemistad: «Tal el enemigo, tal la enseñanza, o el contagio»²⁵.

¿Qué valores contrapone Azaña, en sus escritos de estos años, a esta degradada visión de la historia y la política del país? De *El jardín de los frailes*, Andrés Zamora ha destacado la estimación de la naturaleza –que el trabajo habita de intenciones–, la obra de Cervantes y el

²⁴ Así termina su canción el rey Fernando: «Que me da empachos / dormir el sueño eterno / disperso en cachos, / y opino que el ser santo venerado / no es razón de yacer descabalado. / Y a la hispánica gente tan castiza / que a sus muertos ilustres descuartiza, / y entre arrobos y besos / nos adoba los huesos / a los difuntos de esplendente gloria, / ¡decidle que me cisco yo en la historia! (*Vanse todos dando alaridos*)» (OC, ed. S. Juliá, II, p. 89; véase también p. 86-87).

²⁵ «Almanzor» (1923), *ibid.*, p. 112.

«hombre popular»²⁶. Se trata sin duda de una cuestión de relieve que requiere más espacio del que ahora se dispone. Me limitaré a destacar, en conexión con la poética fantasiosa que opera en las dos piezas revisadas, el impulso *antihistórico* que las anima. Así, en el curso de un duro examen crítico de la literatura clásica española –de sus «cuerpos» y «anaqueles» más ostentatoriamente gloriosos– en la sección XV de *El jardín...*, aparece ya una defensa de tipos populares, descreídos de la Historia, ajenos a efemérides y a fastos, que Azaña cree reencontrar por igual en la obra cervantina y en sus propios paseos por zonas excéntricas de Alcalá de Henares, su ciudad natal. Las sornas y rechiflas de estos «patanes» –también llamados «vándalos»– que Azaña enfrenta a los *caballeros* y a cuyo lado se sitúa, son propuestas como antídoto contra gruesas verdades al uso, falsos dogmas y creencias, supuestas misiones históricas y toda suerte de «catafalcos» escurialenses, que se aspira a destruir o, como mínimo, a hacer pasar de una vez por todas al olvido. Es notable que Azaña vehicule su poética «patanista» a través de personajes de Cervantes, cuyo sostenido desinterés por los problemas oficiales de su tiempo subraya en otros trabajos, con mención especial a la pacífica conversación de Sancho Panza y su convecino, el morisco Pedro Ricote, que regresa disfrazado a su lugar en el capítulo LIV del *Quijote* de 1615. Lo es aun más que asocie estos patanes vándalos, fatalmente «historicidas», a ciudadanos futuros, los españoles «del siglo L», a quienes nos parecemos tanto –o tan poco– como a los ascendientes más remotos, pero en quienes se piensa mucho menos de lo que sería conveniente, o necesario. El espejo ético que modela los patrones de conducta se traspone así de un pasado mentido a un futuro por imaginar²⁷.

El escolar de *El jardín de los frailes* dice haber fracasado en su propósito de concebir «un héroe truculento, devastador del ayer prestigioso»; sin embargo, su confesión aporta alguna pista de relieve acerca del diseño y las funciones de la ficción satírica, tal y como Azaña parece entenderlas durante estos años. Sus sátiras parten de acontecimientos del día, pero su

²⁶ Andrés Zamora, «*El jardín...*», cit., p. 43.

²⁷ «El español nacerá al cabo de treinta siglos, formado de nuestro limo, será, en cualquier altitud moral donde aparezca, mi compatriota, como yo lo soy de Indibil y Mandonio, de Viriato. No entenderá nuestra lengua más llanamente que entendemos la del Lacio. No guardará con Lepanto, Babel o Zaragoza más obligaciones que yo guardo con Sagunto y los numantinos. [...] El patán que me ojea las piezas en el monte, el que raja leños de encina y los carboniza en la lumbre sofocada del hormiguero, desconocen la Santidad romana, la Majestad católica, la Autoridad lingüística; atienden a El Escorial menos que yo a Cumas o Delfos; la forma de mi espíritu les cae tan peregrina como al español del siglo L. Unos y otro concuerdan a través de la edad en no haber recibido la impregnación que facciona mi pensamiento: unos, de presente, la desconocen; otro, cuando venga, nacerá bajo signo diverso. Todos son mis compatriotas, o han de serlo, por más que postulen la destrucción del mundo moral donde respiro» (*OC*, ed. S. Juliá, II, p. 702; para los argumentos del texto véanse las p. 697-704 y el excelente «Cervantes y la invención del *Quijote*» (1930), *ibíd.*, en particular p. 970-971). Otras imaginaciones fuera de calendario en José L. Calvo Carilla, *El sueño sostenible. Estudios sobre la utopía literaria en España*, Madrid, Marcial Pons, 2008, p. 249-294.

radio de acción va más lejos y se sustenta en las dimensiones ideológicas e históricas de lo actual. La búsqueda de valores ausentes –si no eternos– tiende a proyectar sus invenciones hacia tiempos *otros*. En buena medida, la profundidad de sus blancos de ataque apela al uso de formas discursivas mixtas que involucran lúdicamente una Historia reformada, alternativa o imaginaria, en el *Alarbe*, en algunos esbozos de *El jardín...*, en las notas «inactuales» publicadas en *La pluma*, o en curiosos ejercicios interpretativos, como los del hasta hace poco inédito *Siendo rey Alfonso Onceno*. Desde esta perspectiva, las sátiras de Azaña se parecen mucho menos a la «intrahistoria» popularista de Unamuno que a los espejos esperpénticos de Valle Inclán, en quien los acontecimientos del hoy se subsumen con escepticismo en una temporalidad más honda. Notas explícitamente esperpénticas se publican con regularidad en la revista *España*²⁸. Por último, debe advertirse la eficacia y energía que imprimen las formas satíricas a los otros escritos de Azaña, donde reaparecen con suma naturalidad y alta frecuencia; lo que sugiere la utilidad de examinarlos desde una perspectiva puramente poética, para averiguar el peso que hayan tenido en la conformación de su pensamiento y de su acción política.

Bibliografía

- Amalric, J.-P. y Aubert, P. (eds.), *Azaña et son temps*, Madrid, Casa de Velázquez, 1993.
- Azaña, M., *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra civil*, intr. de Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 2000.
- , *Obras completas*, ed. Juan Marichal, Madrid, Giner, 1990, 4 vols.
- , *Obras completas*, ed. Santos Juliá, Madrid, Ministerio de la Presidencia / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, 7 vols.
- Bachoud, A., *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- Bakhtine, M., *La Poétique de Dostoïevsky* [1929], Paris, Eds du Seuil, 1998.
- Calvo Carilla, J.L., *El sueño sostenible. Estudios sobre la utopía literaria en España*, Madrid, Marcial Pons, 2008.
- Carr, R., *España 1808-2008*, ed. Juan Pablo Fusi, Barcelona, Ariel, 2009
- Díaz Fernández, J., *El blocao. Novela de la guerra marroquí* [1928], ed. Víctor Fuentes, Buenos Aires, Stockcero, 2007.

²⁸ *Siendo rey Alfonso Onceno* puede ahora leerse en *OC*, ed. S. Juliá, VII, p. 293-306; véase también el burlón retrato de Ramiro de Maeztu en *El profesor de latín* (1924), *ibid.*, II, p. 312-318. Un juicio de Azaña sobre Valle, *Tirano Banderas* y *El ruedo ibérico* en los *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra civil*, intr. de Santos Juliá, Barcelona, Crítica, 2000, p. 125-126 y 136-137. Sobre historia y ucronía esperpénticas, vease ahora nuestro trabajo « Isabelle II en reine de farce chez Valle-Inclán (*Tablado de marionetas*, 1926) », en Ariane Ferry (dir.), *Le Personnage historique de théâtre de 1789 à nos jours*, Paris, Garnier, 2014, p. 317-335.

- Domingo, A., *Descenso literario a los infiernos demográficos. Distopía y población*, Barcelona, Anagrama, 2008.
- Duval, S. y Martínez, M., *La Satire (littératures française et anglaise)*, Paris, Armand Colin, 2000.
- Ezpeleta Aguilar, F., *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- Goytisolo, J., *El lucernario. La pasión crítica de Manuel Azaña*, Barcelona, Península, 2004.
- Juliá, S., *Vida y tiempos de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008.
- Llera, J.A., «Prolegómenos para una teoría de la sátira», *Tropelías*, 9-10, 1998-1999, p. 281-293.
- Madariaga, M.R. de, *Los moros que trajo Franco... La intervención de tropas coloniales en la guerra civil*, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
- Marco, J.M., *La creación de sí mismo. Ensayo sobre la literatura autobiográfica de Manuel Azaña*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1991.
- Martín Rodríguez, M., «La fictohistoria o historiografía imaginaria en las literaturas románicas desde el siglo XIX: ensayo de tipología y panorama de un género formal insospechado (I)», *Revista de Filología Románica*, 30-2, 2013, p. 285-308.
- Olmos, M., «Isabelle II en reine de farce chez Valle-Inclán (*Tablado de marionetas*, 1926)», en Ariane Ferry (dir.), *Le Personnage historique de théâtre de 1789 à nos jours*, Paris, Garnier, 2014, p. 317-335.
- Perceval, J.M., «El zancarrón de Mahoma: de piernas, brazos y otros objetos corruptos e incorruptos» [1988], en <<http://www.materialesdehistoria.org/zancarron.htm>> (consultado el 1 de diciembre de 2014).
- Pérez Galdós, B., *Episodios nacionales. Cuarta serie. La era isabelina*, ed. Dolores Troncoso, intr. Carmen Luna, Barcelona, Destino, 2007.
- Rivas Cherif, C., *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, ed. de Enrique de Rivas Ibáñez, 2ª ed., Barcelona, Grijalbo, 1981.
- Romero González, A.F., *La sátira menipea en España: 1600-1699*, Ann Arbor, UMI, 1991 (Ph. D. Dissertation, State University of New York).
- Zamora, A., «El jardín de los frailes. Azaña y la guerra simbólica», *Hispanic Review*, 71, 2003, p. 31-50.